

La Real Sociedad Española de Historia Natural: Una historia singular

Luis Alfredo Baratas Díaz y Alberto Gomis Blanco

Arbor CLIX, 625 (Enero 1998), 109-122 pp.

La Sociedad Española de Historia Natural nació en 1871 como una asociación privada de naturalistas (geólogos y biólogos), con la pretensión de publicar una revista en la que dar a conocer sus estudios sobre la flora, gea y fauna española. En las décadas siguientes alcanzó un considerable número de socios, los Anales que publicaba adquirieron considerable prestigio y reunió una notable Biblioteca. Con el cambio del siglo la Sociedad consiguió una notable influencia en medios oficiales: se le concedió en 1903 el título de Real, influyó en el diseño de los planes de estudios de la Sección de Naturales de la Facultad de Ciencias y los reglamentos del Museo Nacional de Ciencias Naturales,... etc. A finales de los años 20 la Sociedad publicaba tres revistas científicas (Boletín, Memorias y Conferencias y Reseñas). En los años previos a la Guerra Civil la Sociedad acogió a todos aquellos investigadores, profesores, ingenieros, médicos,... etc. interesados en las Ciencias Naturales. Tras décadas de esfuerzos por mantener su actividad, la Sociedad, desde 1971, ha luchado por fortalecer su actividad científica y académica.

El desarrollo de la Ciencia, especialmente de la Historia Natural, que se había producido durante las últimas décadas del siglo XVIII

se vio trágicamente interrumpido, a comienzos del siglo XIX, por la Guerra de la Independencia, el reinado de Fernando VII y la primera guerra carlista. Sólo en la parte central del siglo XIX, la vida de la sociedad española se normalizó y comenzó un lento periodo de desarrollo económico, cultural y político, que sentó las bases del Estado hasta bien entrado el siglo XX. En esta etapa de desarrollo se dio cuerpo legal a la estructura universitaria española (con los planes aprobados siendo responsables de esta materia Pedro José Pidal en 1845 y Claudio Moyano en 1857) y comenzó una tímida, pero continua, recuperación de la actividad científica.

La caída de Isabel II en 1868 y el comienzo del Sexenio Revolucionario determinaron una nueva etapa política y social en España. En esos años abundaron las iniciativas sociales, literarias, universitarias y científicas de claro talante innovador: ligas para la educación femenina, para la abolición de la esclavitud y todo tipo de sociedades culturales y científicas. En este ambiente eufórico e ilusionado surgió la Sociedad Española de Historia Natural.

La Sociedad se constituyó en marzo de 1871, como culminación de un proceso iniciado muchos meses atrás en el domicilio de Laureano Pérez Arcas, catedrático de Zoología de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid (única española que entonces impartía los estudios de Ciencias Naturales). En el domicilio de Pérez Arcas se reunían semanalmente un grupo de aficionados y especialistas para debatir sobre excursiones realizadas, especies recolectadas, etc ¹. En estas reuniones se hizo notar repetidas veces la ausencia de una revista especializada en la que dar a conocer los resultados de las propias averiguaciones; carencia acentuada por la participación en esta tertulia científica de algunos de los integrantes de la Comisión Científica del Pacífico (1862-1866), que tras estudiar los materiales recogidos en su expedición, tenían ya trabajos de relevancia.

Los participantes en estas sesiones tuvieron una primera reunión formal el 8 de febrero de 1871 en la Sala de Profesores del Instituto Industrial de Madrid. A esta reunión asistieron Laureano Pérez Arcas, Bernardo Zapater, Ignacio Bolívar y Serafín Uhagón (todos ellos entomólogos), Joaquín González Hidalgo (especialista en malacología), Miguel Colmeiro (botánico y director del Real Jardín Botánico), los geólogos Juan Vilanova y José María Solano y Eulate, más los integrantes de la Comisión Científica del Pacífico Patricio María de la Paz y Membiela, Francisco de Paula Martínez y Sáez y Marcos Jiménez de la Espada. Vemos, por tanto, como entre los primeros integrantes de la Sociedad estaban los más notables naturalistas españoles de la época (con la

única excepción de Mariano de la Paz Graells) y todos con estrechas vinculaciones con la Facultad de Ciencias, el Museo de Ciencias Naturales y el Real Jardín Botánico.

Los presentes, según recoge el acta de la sesión preparatoria, acordaron:

«que el nombre de la sociedad sería "Sociedad Española de Historia Natural".

Se procedió —y seguimos citando el acta— al nombramiento de presidente, tesorero y secretario interinos recayendo en los Sres. Colmeiro, Uhagón y González Hidalgo.

Se acordó que el objeto de la Sociedad será promover el estudio de la Historia Natural en España dando a conocer los productos naturales del país; el título de la publicación será "*Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*", los cuales formarán un tomo cada año, comprometiéndose los Sres. presentes a sufragar los gastos necesarios (que calcularon en unos 12.000 reales) para dar a luz el tomo primero; también se acordó no dar publicidad a estos acuerdos ni a la formación de la Sociedad hasta que hubiese reunidos trabajos suficientes para publicar el primer cuaderno»².

En una nueva reunión, celebrada el 1 de marzo, se incorporaron a la Sociedad Sandalio Pereda, catedrático de Historia Natural del Instituto San Isidro, y los prestigiosos médicos Pedro González de Velasco y Rafael Martínez Molina. La presencia de estos últimos inaugura una constante en la vida de la Sociedad, al menos hasta 1936: la pertenencia a la misma de licenciados y doctores en Medicina, básicamente de especialidades no clínicas (Anatomía, Histología, Antropología,...).

En esta reunión de 1 de marzo se leyó el borrador de Reglamento redactado por Pérez Arcas, posponiendo su definitiva aprobación a una reunión que se celebraría el 15 de Marzo de 1871. En esta fecha, tomada tradicionalmente como la de fundación de la Sociedad, se aprobó el Reglamento, se hizo pública la circular de presentación y se eligió la primera Junta Directiva, en la que se respetaba la elección primera de Colmeiro como Presidente y Uhagón como Tesorero. Este último cargo sería hasta bien entrado el siglo XX pieza clave en el funcionamiento de la Sociedad y sus responsables, Serafín Uhagón e Ignacio Bolívar, lograron mantener viva la actividad de la asociación, recaudando las cuotas, enviando las publicaciones, facilitando su dirección personal como dirección postal de la Sociedad,... etc.

En los meses siguientes este pequeño núcleo de naturalistas mantuvo sesiones habitualmente, y en julio de 1872 la Sociedad vio el primer

fruto impreso de su actividad con la presentación del primer cuaderno de los *Anales*. Se cumplía así el objetivo fundamental marcado al fundar la Sociedad: la edición de una revista científica.

A partir de dicho instante no había ya limitación alguna para hacer pública la existencia de la Sociedad, y podía aceptarse la inscripción de nuevos socios en su registro; inmediatamente, Colmeiro como Presidente y otros socios fundadores hicieron las primeras propuestas (que se elevaron casi a cuarenta).

Con un número creciente de socios, la primera sede de la Sociedad (el Instituto Industrial) quedó rápidamente pequeña para las reuniones. En noviembre de 1872 Colmeiro solicitaba de la Real Academia de Medicina autorización para celebrar en ella sus reuniones científicas, y el primer miércoles de diciembre de ese año (día 4) ya se celebró allí la reunión mensual. Durante casi trece años, la Real Academia de Medicina daría alojamiento, gratuito, a la Sociedad, y en esa casa vivió ésta una larga etapa de consolidación editorial y científica.

En las sesiones mensuales, además de las actividades corporativas (rendición de cuentas, presentación de nuevos socios, exposición de las publicaciones recibidas, ... etc.) se desarrollaba un intenso trabajo científico: se exponían investigaciones en curso, se proponían debates de interés y, sobre todo, se presentaban trabajos originales de investigación, que generalmente pasaban a formar parte de los *Anales de la Sociedad*.

No hemos de extendernos en un análisis de los trabajos presentados ante la Sociedad o publicados en sus *Anales*, pero citaremos algunos de ellos como prueba de su diversidad temática y calidad científica³.

A lo largo del siglo XIX los naturalistas españoles carecieron de estudios sobre su flora; la obra de referencia era el *Prodromus florae hispanicae* del botánico alemán Heinrich Moritz Wilkomm. La situación empezó a mejorar con la publicación en la Sociedad de varias monografías de Miguel Colmeiro sobre fumariáceas, genisteas, rosáceas, ... etc. y las de Blas Lázaro Ibiza y Tomás Andrés y Tubilla sobre malváceas⁴. También aparecieron en los *Anales* floras regionales o comarcales como la de Cipriano Costa sobre plantas de Cataluña, José María Pérez Lara sobre flora gaditana, Romualdo González Frago, que estudió las criptógamas sevillanas o Juan Joaquín Rodríguez Femenías, que catalogó musgos y algas de Baleares.

Peor, si cabe, era la situación en Zoología, que carecía de un trabajo monográfico por más que estuviese anticuado; las obras de Ignacio Bolívar sobre ortópteros, Eduardo Boscá sobre reptiles y anfibios, Ven-

tura Reyes Prósper sobre aves y otros tantos supusieron una primera aproximación al estudio de la fauna hispana.

En Geología, los trabajos de José MacPherson y Salvador Calderón se cuentan entre las primeras aportaciones al estudio de la estructura geológica de la península, y los trabajos de Francisco Quiroga destacan como aportación al estudio de la Mineralogía y Petrología.

De esta manera una entidad privada, como lo era —y sigue siéndolo— la Sociedad Española de Historia Natural, suplía la falta de apoyo oficial a la investigación naturalista para, en estrecha relación con el Museo Nacional de Ciencias Naturales, desarrollar un auténtico proyecto de conocimiento científico de la naturaleza hispana ⁵ (CASADO: 45).

Pero los estudios naturalistas presentados ante la Sociedad no se limitaron a los territorios peninsulares. La fauna y flora de Filipinas y Cuba (los últimos reductos coloniales españoles en América y Asia) fueron estudiados por Juan Gundlach (mamíferos, aves y reptiles de Cuba), Felipe Poey (peces de Cuba), José Gogorza (vertebrados de Filipinas), Domingo Sánchez (mamíferos de Filipinas). Paralelamente Máximo Laguna y José Pérez Maeso estudiaron la flora filipina, mientras Manuel Gómez de la Maza estudió plantas cubanas. Aunque los estudios biológicos de estos territorios son notables, se acusa la carencia de estudios geológicos y mineralógicos ⁶.

Dos características científicas pueden encontrarse en el conjunto de las monografías que en los *Anales* se interesan por la flora, fauna y gea de la península, islas y colonias: rigurosidad y originalidad. Son rigurosas, desde el punto de vista científico, por que sus autores, además de consultar exhaustivamente la bibliografía que interesa al trabajo, piden el auxilio en las determinaciones a los más prestigiosos especialistas nacionalistas y extranjeros. Su originalidad estriba en que la mayoría ha requerido el previo trabajo de campo en lugares en los que, hasta ese momento, no se había llevado a cabo y como consecuencia del mismo se encuentran y describen numerosas especies nuevas para la Ciencia.

Pero no sólo sirvieron las publicaciones de la Sociedad para la difusión de trabajos «clásicos» de Historia Natural (Botánica, Geología y Zoología). Disciplinas como la Histología, en pleno desarrollo a lo largo del último cuarto del siglo XIX, tuvieron cabida en la Sociedad y en sus publicaciones. El histólogo español más prestigioso de la época, Santiago Ramón y Cajal, fue miembro de la Sociedad a partir de 1892 y, careciendo de un medio específico en el que publicar sus trabajos de investigación, fue autor habitual en las páginas de los *Anales*. Tra-

bajos sobre la retina de los teleósteos, la estructura del asta de Ammon, el bulbo raquídeo, la corteza occipital,... etc. se publicaron en la revista de la Sociedad, acompañados de espléndidos grabados. Estos estudios tuvieron una considerable repercusión internacional, y fueron rápidamente vertidos al alemán (la lengua científica por excelencia de finales del siglo XIX) y entrado el siglo XX al inglés ⁷.

Las sesiones de la Sociedad no sólo servían de instrumento para la presentación de trabajos de investigación; en su seno se desarrollaron intensos debates sobre temas científicos de actualidad, entre los que cabe destacar el evolucionismo darwinista o la autenticidad de las pinturas rupestres de Altamira. Respecto del evolucionismo se observan posiciones favorables en Enrique Serrano Fatigati o Salvador Calderón, pero son minoritarias frente a las consideraciones opuestas de Vilanova, Colmeiro, Landerer y otros; no obstante, la Sociedad mostró una notable equidistancia y ausencia de sentido polémico, y en la sesión de 1882 en la que se informaba del fallecimiento del naturalista inglés, el presidente Máximo Laguna afirmaba «que cualquiera que sea la opinión que se tenga de las teorías de Darwin no puede menos de reconocerse el inmenso mérito de éste como observador».

Respecto de Altamira y sus pinturas rupestres, la Sociedad vivió una situación similar a la ya descrita para el darwinismo. Mientras Jiménez de la Espada (que informó del hallazgo en 1882) y Vilanova consideraron las pinturas como obra del hombre prehistórico, otros (Calderón, Bolívar, Quiroga,... etc.) negaban su autenticidad. El debate se prolongó durante años, y en 1886 Manuel Antón Ferrándiz propuso la constitución de una comisión de la Sociedad que visitase la cueva y dictaminase su antigüedad. Aunque la Comisión no llegó a desarrollar su actividad, por las sempiternas dificultades económicas, el descubrimiento y estudio de pinturas similares en territorio francés solventó la polémica sobre las pinturas cántabras ⁸.

Otra labor fundamental en la actividad de la Sociedad fue el asesoramiento a organismos públicos sobre cuestiones relacionadas con historia natural: en 1879, por ejemplo, se elaboró un dictamen sobre una plaga de langosta que asolaba la provincia de Madrid. En otras ocasiones, era la Sociedad la que proponía medidas ante las autoridades: entre 1882 y 1886 la Sociedad realizó repetidas propuestas para la creación en España de una Estación de Biología Marina y el envío de naturalistas españoles a la Estación Zoológica de Nápoles como becarios ⁹; en 1885 la Sociedad propuso (y consiguió) la presencia de naturalistas en el viaje de navegación alrededor del mundo que planeaba la *Fragata Blanca* ¹⁰.

Pero la propuesta más ambiciosa y elaborada de la Sociedad fue la exposición dirigida al Ministro de Fomento (responsable entonces de las cuestiones educativas) sobre las medidas de reforma en la enseñanza de las ciencias naturales. La propuesta planteaba una serie de medidas reformistas (independizar el Museo de Ciencias Naturales de la Facultad, establecer los estudios de Ciencias Naturales en todas las Universidades, desarrollar un amplio programa de expedición y la fundación de estaciones de biología marina) y recomendaba un nuevo plan de estudios, con asignaturas más específicas y de carácter experimental ¹¹.

En ocasiones la Sociedad no asesoraba ni proponía ante instancias oficiales, sino que, corporativamente o a través de sus socios, expresaba su amarga queja ante atropellos y arbitrariedades. Así sucedió cuando en 1895 se decidió trasladar la sede del Museo de Ciencias Naturales desde su primitiva sede en la calle Alcalá (que compartía con la Academia de Bellas Artes de San Fernando) hasta los bajos del edificio de Biblioteca y Museos Nacionales en el Paseo de Recoletos o en diversas quejas de socios por la situación y pretendida suspensión de las actividades de la Estación de Biología Marina de Santander ¹².

Paralelamente al desarrollo de sus actividades científicas, la Sociedad trasladó, a mediados de 1885, su sede desde la Real Academia de Medicina hasta el Gabinete de Historia Natural, actual Museo Nacional de Ciencias Naturales. Se iniciaba así una larga y fructífera relación entre ambas instituciones, que transcurrió en los tres domicilios del Museo: el caserón de la Academia de Bellas Artes (hasta 1895), los bajos de la Biblioteca Nacional (hasta 1910) y el Palacio de Artes de Industrias y las Artes (hasta 1971). Esta simbiosis benefició a ambas instituciones, al Museo porque pudo disponer de la ya notable Biblioteca de la Sociedad y de un foro científico propicio para la discusión sin la rigidez de los centros administrativos; y a la Sociedad porque contó con locales adecuados para la celebración de sus sesiones mensuales y tuvo más fácil acceso a los alumnos de licenciatura y jóvenes licenciados y a las colecciones oficiales.

Finalmente cabe considerar que la Sociedad, a pesar de tener sus órganos rectores en Madrid, no adoleció del centralismo que tradicionalmente ha afectado a las sociedades e instituciones científicas españolas a lo largo de los siglos XIX y XX. En 1885 la Sociedad aprobó el establecimiento de secciones, a instancias de un grupo de socios de Barcelona; para ello hubo de hacerse la pertinente modificación de los estatutos de la Sociedad, que incorporaron una Primera adición, que permitía la formación de una sección en todas aquellas localidades

en las que se alcanzase el número de 15 socios. Inmediatamente se constituyó la Sección de Barcelona, y en años venideros la de Sevilla (1888) y la de Zaragoza (1898).

Los años dorados

La crisis de 1898 (la pérdida de las últimas colonias y el desastre de la Armada) tuvo importantes consecuencias en la vida política y social española; de ella surgió el ambicioso proyecto «regeneracionista», que tuvo una considerable influencia sobre la Sociedad Española de Historia Natural. Parte importante del programa de regeneración era impulsar la educación y la investigación científica en España. Para ello se tomaron en los primeros años del siglo XX medidas de fomento de la investigación: creación del Ministerio de Instrucción Pública, establecimiento de laboratorios, aumento de la dotación material de los centros educativos e investigadores,... etc.

La Sociedad se benefició de este clima de mecenazgo. En 1903 se le concedió el título de Real Sociedad y pasó a disponer de una cantidad de los presupuestos del estado para su sostenimiento. Previamente, la reforma de los planes de estudios universitarios de la Facultad de Ciencias se encargó a Ignacio Bolívar, uno de los socios fundadores de la Sociedad, quién aplicó punto por punto la exposición que la Sociedad había elevado al Ministro de Fomento en 1885. El plan de estudios aprobado en 1900 era prácticamente idéntico al propuesto por la Sociedad y se mantuvo, con ligerísimas reformas, hasta bien entrado el franquismo. Paralelamente, el mismo Bolívar fue responsable de una profunda reforma en el régimen del Museo Nacional de Ciencias Naturales; aunque la reforma no logró desvincular, como había propuesto la Sociedad, al Museo de la actividad docente de la Facultad, éste consiguió una mayor autonomía funcional, se dictaron normas precisas para el aumento de sus colecciones, se contó con mayor crédito presupuestario y personal,... etc ¹³.

De otro lado, la Sociedad, con un número de socios considerable y un evidente prestigio social, remodeló sus publicaciones con el cambio de siglo. En 1901 desaparecieron los *Anales* y se creó el *Boletín*; los primeros se publicaban en tres entregas anuales, mientras se pretendía que el *Boletín*, se editase mensualmente y recogiera las intervenciones en las sesiones y los trabajos científicos presentados. En 1903 se inició la edición de una nueva publicación, las *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, que pretendía recoger en entregas sueltas

«los estudios generales sobre Biología, los descriptivos y organográficos, los trabajos sinópticos y monografías, los necrológicos y bibliográficos y los catálogos de las producciones naturales de la Península Ibérica y Baleares».

Las *Memorias* debían conformar tomos completos, procurándose que en cada uno de ellos estuvieran presentes estudios de los tres reinos naturales, si bien no siempre esto se cumplió. Las treinta memorias del tomo primero, que se dedicó al estudio de la fauna de las posesiones españolas de Guinea, se publicaron durante los ocho años que van desde 1903 a 1910, aportándose en ellas más de doscientas especies y veinte géneros nuevos. Los tomos 9º y 12º se dedicaron al estudio de Marruecos. El 15º, publicado en 1929 en homenaje a Ignacio Bolívar, recoge 104 trabajos de temática más heterogénea que los restantes tomos, al ser éstos las contribuciones que las personas interesadas en contribuir al homenaje hicieron llegar a la Sociedad.

Los estudios africanos habían sido elementos importantes en la tarea de la Sociedad desde los últimos años del siglo XIX. En 1885 se daba cuenta en los *Anales* de una expedición por Fernando Poo y el Golfo de Guinea. En años siguientes se proyectarían diversas expediciones por territorios norteafricanos: en 1886 Quiroga planeó, en colaboración con la Real Sociedad Geográfica, una por el Sahara Occidental y en 1901 Martínez de la Escalera realizó un viaje científico por el Golfo de Guinea. Pero no sería hasta 1905 cuando la Real Sociedad decidió la creación de la Comisión de Estudios del Noroeste de África, cuya presidencia se encomendó al ex-ministro y consocio Manuel Allendesalazar. Esta Comisión favoreció la realización de expediciones y viajes científicos por las colonias africanas, resultado de los cuales es el aumento de ejemplares y colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales, la publicación de monografías en las *Memorias* de la Sociedad, a la que ya se ha hecho referencia, y la publicación por parte de la Sociedad de *Yebala y el bajo Lucus*¹⁴, narración divulgativa de la exploración realizada en 1913 por miembros de la Sociedad y el Museo.

Como culminación al desarrollo institucional vivido por la Sociedad en la primera década del siglo XX, la misma se trasladó en 1910, junto con el Museo de Ciencias Naturales, al Palacio de Artes e Industrias. En él encontró la Sociedad un espacio amplio y cómodo en el que realizar sus sesiones mensuales y en el que albergar su Biblioteca.

Otros hechos relevantes, para la Sociedad, que tuvieron lugar en las dos primeras décadas del siglo fueron: la adquisición de las importantes bibliotecas de Serafín Uhagón (1904) y Francisco de Paula

Martínez y Sáez (1908); la fundación de las secciones de Granada (1907), *Espeleológica* de Santander (1909), de Santiago (1909), de Valencia (1913)¹⁵, y la regularización del intercambio de publicaciones después de la primera contienda mundial (1920).

A finales de la década de 1920 la situación de la Sociedad era tan estable que se pudo afrontar la aparición de una nueva publicación, las *Conferencias y Reseñas Científicas*. Esta publicación, de carácter básicamente divulgativo, pretendía recoger resúmenes de conferencias de destacados investigadores nacionales y extranjeros, informes y reflexiones sobre cuestiones de actualidad e información bibliográfica sobre Ciencias Naturales.

En los primeros años de la década de 1930 la Sociedad pudo absorber a la Sociedad Española de Biología, pequeña y deficitaria asociación que incluía a todos aquellos médicos orientados a la investigación biomédica básica (no clínica), y retomando el *Boletín de la Sociedad Española de Biología*, dar a la imprenta una nueva publicación, la Revista Española de Biología, de calidad tipográfica y científica muy superior. José Goyanes, médico y director del Instituto del Cáncer, tuvo un papel protagonista en la incorporación de la Española de Biología a la de Historia Natural; pero más continuado sería el papel jugado por Pío del Río Hortega y sus discípulos en la fusión de ambas sociedades. Río Hortega, separado de forma traumática del grupo de investigación vertebrado en torno a Cajal, había utilizado las publicaciones de la Real Sociedad para dar a conocer sus trascendentales trabajos sobre la neuroglía. Además, en las revistas de la Sociedad encontraron vía para darse a conocer muchos de sus discípulos: Isaac Costero, Felipe Jiménez de Asúa, José Manuel Ortíz Picón,... etc.

Río, en colaboración con su «enemigo» Francisco Tello y Antonio Zulueta, fueron quienes gestionaron la incorporación de la pequeña Sociedad de Biología a Española de Historia Natural, y quienes se responsabilizaron de las labores editoriales de la nueva publicación, la ya mencionada *Revista Española de Biología*¹⁶.

Ya indicamos como la Sociedad había incorporado a su rango temático desde una época muy temprana los trabajos de Histología y Anatomía Microscópica. Suerte muy distinta habían corrido otras disciplinas, especialmente la Fisiología y Bioquímica, a pesar de la existencia en el *Boletín* de algunas notas divulgativas y algún pequeño artículo aislado. Sólo en los años treinta fisiólogos, farmacólogos y bioquímicos tendrían un importante papel en la Sociedad: el grupo de fisiólogos vertebrados en torno a Juan Negrín, en el Laboratorio de Fisiología de la Residencia de Estudiantes y la Cátedra homónima

de la Facultad de Medicina de Madrid, se incorporaría a la Sociedad y serían autores habituales de la *Revista Española de Biología*, alcanzando este grupo y disciplina casi el 40% de los artículos impresos en la nueva publicación.

Vemos, por tanto, como la Sociedad (durante los años de la II República no ostentó el nombre de Real, pero si gozó de la ayuda económica del Estado) en los años inmediatamente anteriores a la guerra civil vivió momentos de esplendor: englobaba a todo el colectivo científico con intereses en Ciencias Naturales (geólogos, botánicos, zoólogos, médicos, ingenieros), publicaba simultáneamente cuatro revistas científicas de notable calidad académica, era requerida para que propusiera miembros que conformaran tribunales y poseía una biblioteca especializada de considerable valor.

Los años oscuros

La guerra civil interrumpió la vida habitual del país y, como no, la vida de la Sociedad. En duras condiciones se desarrollaron algunas sesiones en Madrid y Valencia, ciudad ésta donde se trasladó momentáneamente su sede, e igualmente difíciles debieron ser las condiciones en que aparecieron algunos cuadernos del Boletín durante la contienda. Acabada la guerra, la derrota republicana envió al exilio a algunos de los más destacados investigadores españoles y a algunos miembros de la Sociedad: Ignacio y Cándido Bolívar, Odón de Buen, Isaac Costero, José Cuatrecasas, José Royo Gómez, Pío del Río Hortega,... y tantos otros. Con estas notables ausencias forzadas y con un negro panorama económico y social, se reconstituyó en 1939 la Sociedad (que de nuevo tenía la categoría de Real) con Filiberto Díaz Tosaos como Presidente. Los nuevos gestores de la Sociedad tuvieron que hacer frente a un sinfín de problemas: dificultades económicas, reorganización del elenco de socios, falta de originales, dificultades para encontrar papel,... etc.

En esos años la Real Sociedad sólo pudo hacer frente a la publicación del *Boletín*, que a partir de 1950, se pudo editar en dos secciones separadas, de Biología y Geología. En los primeros años de posguerra, el rango de autores y variedad de disciplinas en el *Boletín* es pobre: se publicaron trabajos inconexos de paleontología, geología, epidemiología y sanidad, y en muy escasa medida de zoología, botánica y biología experimental; sólo a mediados de los años cincuenta se recuperó el nivel y la frecuencia de trabajos sobre morfología y anatomía.

Los últimos veinticinco años

Punto de inflexión de este claroscuro panorama lo marcó la celebración del centenario de la Sociedad en 1971. Los actos de conmemoración y las sesiones científicas dieron una relevancia social a la organización que no había disfrutado desde hacía décadas. El posterior traslado de la sede de la Sociedad, junto con parte de su biblioteca, a las entonces secciones de Biológicas y Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad Complutense, revitalizó la Sociedad. Aunque a finales de los setenta, las sesiones mensuales de la Sociedad dejaron de celebrarse, desde 1973 se vienen celebrando reuniones Bienales a lo ancho de todo el país.

A lo largo de los años ochenta la Sociedad catalogó sus fondos bibliográficos y recopiló su información de archivo, que se encuentra en fase de catalogación. Sin abandonar, a pesar de las dificultades, la edición del *Boletín*, a lo largo de los años noventa la Sociedad se ha ido planteando alcanzar mayor presencia en los medios académicos, universitarios y científicos españoles: la continuidad de las Bienales, la elaboración de un servidor de información en Internet (<http://www.ucm.es/info/rsehn>), una nueva serie de las *Memorias de la Real Sociedad* o los ciclos de conferencias son prueba de los esfuerzos en esta dirección.

La alta especialización a la que se ha llegado en nuestros días, en el que los investigadores científicos cuentan con múltiples revistas y sociedades, y en donde se convocan los más superespecializados congresos, hace ahora menos atractiva la Real Sociedad Española de Historia Natural a la mayoría de los titulados en Biología y en Geología de España que no se inscriben en ella. Para una minoría, unos seiscientos, sigue siendo el lugar idóneo para el encuentro de los «naturalistas» que se interesan por todo aquello que tiene que ver con la naturaleza. Y mientras tanto, la Real Sociedad Española de Historia Natural prosigue su labor editorial iniciada hace siglo y cuarto y continúa acrecentando su magnífica biblioteca.

Notas

¹ Cfr.: Ignacio Bolívar y las Ciencias Naturales en España (1921). Imprenta Clásica Española. [Hay una edición facsímil, editada por el C.S.I.C. en 1988, con presentación y apéndice de Alberto Gomis].

² Libro de Actas de la Sociedad Española de Historia Natural. Tomo 1º. pp. 1 y vuelta. Archivo de la R.S.E.H.N.

³ Un detallado estudio de los trabajos publicados en las diversas revistas de la Sociedad puede verse en: GOMIS BLANCO, A.: «Desarrollo institucional de la Real Sociedad Española de Historia Natural». *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. (en prensa).

⁴ Una estudio más elaborado de los estudios botánicos en la Sociedad puede verse en: GONZÁLEZ BUENO, A.: «La botánica y los botánicos en la Real Sociedad Española de Historia Natural (1871-1996)». *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. (en prensa).

⁵ CASADO, S. (1994): «La fundación de la Sociedad Española de Historia Natural y la dimensión nacionalista de la historia natural en España». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*. 19, 45-64.

⁶ GOMIS BLANCO, A. (1997): «Latinoamérica en la Sociedad Española de Historia Natural». En: Arboleda, L. C. y Ossorio, C.: «Nacionalismo en la Historia de las Ciencias y la Tecnología en América Latina». Universidad del Valle. pp. 129-138.

⁷ Estos trabajos de Cajal están recogidos en una, no muy cuidada, reciente edición: RAMÓN Y CAJAL, S. (1989): Selección de trabajos de investigación. C.S.I.C.

⁸ MARTÍNEZ SANZ, J. L. (1986): «Aportación a la historia de las mentalidades en la España del siglo XIX: la polémica de Altamira en la S.E.H.N.». *Perspectivas de la España Contemporánea*. Universidad Complutense, pp. 319-335.

⁹ BARATAS DÍAZ, L. A.; FERNÁNDEZ PÉREZ, J. (1991): «La Estación de Biología Marítima de Santander: Primeros intentos institucionales de introducción de la Biología experimental en España». *Actas del V Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y las Técnicas*. II. pp. 884-898.

¹⁰ Intervención de la Sociedad en el nombramiento de un naturalista para la Fragata Blanca, con motivo del viaje de ésta. *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. 1885. Tomo XIV. pp. 17-19. 1886. Tomo XV. pp. 20-21, 25.

PUIG-SAMPER, Miguel Angel; FERNÁNDEZ PÉREZ, Joaquín; MARRODÁN, M^a Dolores. (1984): «El viaje de la Fragata Blanca (1886)». *Actas II Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias*. Tomo II. pp. 282-296.

¹¹ Exposición al ministro de Fomento sobre reformas que deben hacerse en la enseñanza de las Ciencias Naturales en España. *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. 1886. Tomo XV. pp. 3-13.

¹² CALDERÓN, S. (1899): «Sobre la supresión de la Estación de la Estación de Zoología marina de Santander». *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. 28, 192.

PUIG Y LARRAZ, G. (1899): «Sobre la supresión de la Estación de la Estación de Zoología marina de Santander». *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. 28, 225.

ARTIGAS, P. (1899): «Sobre la supresión de la Estación de la Estación de Zoología marina de Santander». *Actas de la Sociedad Española de Historia Natural*. 28, 243.

¹³ BARATAS DÍAZ, L. A.; FERNÁNDEZ PÉREZ, J. (1992). «La enseñanza universitaria de las Ciencias Naturales durante la Restauración y su reforma en los primeros años del siglo XX». *Llull*. 15, (28), 7-34.

¹⁴ Yebala y el bajo Lucus. Madrid. *Real Sociedad Española de Historia Natural*. 1914.

¹⁵ La Sección de Valencia de la Real Sociedad Española de Historia Natural ha sido estudiada recientemente por Jesús Ignacio Catalá Gorgues en su tesina de licenciatura y en varios trabajos colaterales. Véase: CATALÀ GORGUES, J. I. (1995): «La

fundació y el període inicial de la Secció de València de la Real Sociedad Española de Historia Natural (1913-1923)». *Actes de les III Trobades d'Història de la Ciència y de la Tècnica als Països Catalans*, pp. 153-161.

¹⁶ BARATAS DÍAZ, L. A.: «La Biología experimental en la Real Sociedad Española de Historia Natural entre 1871 y 1936». *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. (en prensa).

BARATAS DÍAZ, L. A.; FERNÁNDEZ RUIZ, B.: «Santiago Ramón y Cajal y la Escuela Española de Neuro-Histología en la Real Sociedad Española de Historia Natural». *Memorias de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. (en prensa).

Bibliografía

- Circular de los socios fundadores de la Sociedad Española de Historia Natural. *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*. 1871. Tomo I. pp. V-VII.
- Reglamento de la Sociedad Española de Historia Natural. *Anales de la Sociedad Española de Historia Natural*. 1871. Tomo I. pp. IX-XV.
- Catálogo de publicaciones periódicas de la Biblioteca de la Real Sociedad Española de Historia Natural. *Real Sociedad Española de Historia Natural*. 1988.
- BOLÍVAR URRUTIA, I. (1940): «La Sociedad Española de Historia Natural». *Revista de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*. 1 (2), 87-95.
- GOMIS BLANCO, A. (1996): «Real Sociedad Española de Historia Natural». *Mundo Científico*. 166, 228-239.
- GOMIS BLANCO, A. (1996): «Documentos del siglo XIX en el Archivo de la Real Sociedad Española de Historia Natural». En: *Tomo Extraordinario 125 Aniversario de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. pp. 501-504.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1946): «Antecedentes, origen y desarrollo de la Sociedad Española de Historia Natural». *Real Sociedad Española de Historia Natural*. pp. 45-61.
- HERNÁNDEZ PACHECO, E. (1914): «La Real Sociedad Española de Historia Natural y su labor científica en África». En: «Yebala y el bajo Lucus». *Real Sociedad Española de Historia Natural*. pp. V-XXXVIII.
- MARTÍNEZ SAEZ, J. L. (1982): «Medio siglo de Ciencia española: la Sociedad Española de Historia Natural». Editorial de la Universidad Complutense. Madrid.
- PAN, I. del (1946): «Influencia de la Real Sociedad Española de Historia Natural en la divulgación y enseñanza de las Ciencias Naturales». *Real Sociedad Española de Historia Natatural*. pp. 29-44.